

HALO

EL CÍRCULO ROTO

JOHN
SHIRLEY



timunmas



El círculo roto

JOHN SHIRLEY

timun**mas**

Título original: *Halo: Broken Circle*

© Traducción de Gemma Gallart, 2015

Primera edición: abril de 2015

© Microsoft Corporation, 2014

All Rights Reserved. Microsoft, 343 Industries, the 343 Industries logo, Halo, and the Halo logo are trademarks of the Microsoft group of companies.

Ilustración de cubierta © John Liberto

Diseño de cubierta: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial del Grupo Planeta

Derechos exclusivos de la edición en lengua castellana:

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona

Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.timunmas.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2131-3

Depósito legal: B. 4.915-2015

Impreso en España por Huertas Industrias Gráficas, S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

UNO

NAVE CLAVE DREADNOUGHT

CUBIERTA DE REUNIONES

851 BCE

LA ERA DE LA RECONCILIACIÓN

A pesar de su posición actual como ministro de la Seguridad de las Reliquias, el Lord Supremo Mken 'Scre'ah'ben —el Profeta de la Convicción Interior— se sentía siempre un poco intimidado por la Cámara de la Decisión. Aquellos a los que se esperaba que venerara presumiblemente se habían sentado aquí, ante esta larguísima mesa traslúcida situada en el interior del Dreadnought. Los San'Shyuums usaban sus propias sillas, pero el resto de la habitación permanecía tal y como los Forerunners la habían dejado. La mesa misma parecía imbuida de fractales, espirales animadas incrustadas que se desplazaban dentro y fuera de formas de mayor tamaño: tridimensionales, luego bidimensionales, después de nuevo tridimensionales. La zona daba no tanto a una ventana como simplemente a una pared transparente. El hub de la propia galaxia espiral refulgía con un azul esplendoroso, en algunos lugares surcado de nebulosas escarlatas y moradas; rotando con indescriptible inmensidad, en una transformación continua, caótica pero que sin embargo daba la impresión de ser una forma inalterablemente perpetua.

«¿Quiénes eran los San'Shyuums para estar aquí, en esta nave? —se preguntó Mken—. ¿Quiénes eran los San'Shyuums para anidar aquí como una bandada de los *rakscraja* de alas huesudas que anidaban en los árboles invadidos de enredaderas de la antigua Janjur Qom?»

Pero aquí estaban, llenos de oficioso engreimiento, mientras esperaban a la comisión Sangheili del tratado.

Junto con Mken, en la mesa estaban Quorlum, el San'Shyuum ministro de la Reconciliación Relativa, y GuJo'n, ministro del Sometimiento Benévolo. La guerra había dado a GuJo'n, el jefe de la diplomacia, poco trabajo hasta hacía poco tiempo; su responsabilidad había sido una sinecura, puramente teórica. Ahora, mientras trenzaba inconscientemente los mechones de una de sus papadas, parecía no caber en sí de gozo ante su renovada posición. Su nueva túnica escarlata estaba magníficamente bordada con hilo de oro para representar sistemas solares entrelazados. Una prenda más bien pretenciosa, en opinión de Mken, pero onduló la mano de tres dedos para efectuar la tradicional señal que indicaba «Estimados colegas, empecemos», y GuJo'n devolvió el gesto con un énfasis autoritario.

Qurlom, el anciano antiguo Jerarca, fue más pragmático y se limitó a empezar con:

—La inscripción en el Mandamiento de Unión no está seca aún... y ya los opositores, los incrédulos, los rebeldes, empiezan a alzarse. —Qurlom se tomaba muy en serio el Gran Viaje; de hecho era un creyente tan convencido que no malgastaba esfuerzos en ningún ritual, como los de tipo social, que no tuviera una naturaleza religiosa. Siempre se lanzaba de lleno a la tarea que tenía entre manos—. Debe hacerse algo.

Qurlom vestía una túnica blanca con un manto acanalado de platino de cinco puntas; la prenda lucía un motivo sencillo: siete círculos entrelazados en una cadena circular. Los siete Anillos Sagrados.

—He oído tales rumores de sedición —admitió Mken—. Hay Sangheilis que oponen resistencia a nuestro nuevo Covenant. Pero era previsible; unos pequeños alborotos aquí y allá que no tardarán en desaparecer con toda probabilidad... una vez que impongamos unos cuantos castigos ejemplares.

—¡No! —Qurlom retorció el largo cuello arrugado para recalcar su oposición, y sus papadas temblaron airadamente a la vez que la silla antigraavedad se tambaleaba—. ¡No se tome a la ligera esta herejía, Convicción Interior!

—Por supuesto que jamás me tomaría a la ligera una herejía —respondió Mken con serenidad.

—Tal vez esos incrédulos entre los Sangheilis no lo contemplan como una cuestión religiosa, sino como algo cultural —sugirió GuJo'n en tono conciliador, efectuando un complicado ademán para acompañar sus palabras que significaba «no es mi intención contradecirlo».

Qurlom lanzó un bufido.

—Ah, pero sí que me contradice, GuJo'n. No hay duda de que son herejes.

—Lo que tengo entendido —repuso GuJo'n—, es que los Sangheilis se oponen a cualquier clase de capitulación; que va en contra de sus valores aliarse con sus conquistadores. Se oponen a la subyugación... pero pueden adaptarse a ella, con el tiempo.

—¿Y realmente cree eso? Poseo documentación que sugiere que el líder de esos herejes, el tal Ussa 'Xellus, no se limita sólo a oponerse a la subyugación de su gente. ¡Sino que actúa!

Mken recordaba lo ocurrido en el planeta Azul y Rojo varios ciclos solares atrás, cuando no era más que un simple Lord Supremo. Ussa 'Xellus había escapado del planeta y combatiendo, con característica astucia, en muchas batallas subsiguientes contra los San'Shyuums en otros mundos.

Qurlom prosiguió en un tono que era casi un gruñido:

—Ese Ussa 'Xellus declara, y cito textualmente... —Tocó el brazo del asiento, haciendo aparecer una pantalla holográfica que titiló hasta adquirir nitidez en el aire sobre la mesa, y leyó el texto que fue desplegándose en ella—: «... Este Gran Viaje... ¿qué es? ¿Tan sólo otra rendición, por lo que yo sé! ¿Realmente nos convocaron los Forerunners a la sublimación, a la sombra de estos Anillos? ¿O es eso una excusa por parte de los San'Shyuums para exterminarnos? ¿Es una charca de aguas turbias en la que ningún Sangheili osaría bañarse!».

—Muy incendiario, ya lo creo —concedió GuJo'n—. ¿Quién proporcionó esta cita? ¿Tal vez algún especulador?

—Una vez más me censura, GuJo'n —le espetó Qurlom—. Está dando a entender que mi información es engañosa.

—Tan sólo siento curiosidad sobre las fuentes de información.

—También a mi me gustaría conocerlas, Qurlom —terció Mken con suavidad.

—Mi fuente de información son los propios Sangheilis —replicó el aludido—. Aquellos que se comprometieron con el Mandamiento de Unión no tienen la menor sensación de estar siendo engañados... y nos proporcionan una vigilancia discreta de todos los disidentes.

Mken efectuó una seña de aprobación con la mano.

—Ha sido concienzudo, Qurlom; me satisface comprobarlo.

—Así pues, Profeta de la Convicción Interior... —Qurlom dio al título espiritual de Mken un agujonazo de ironía—, ¿qué haremos al respecto?

—Idealmente, debería ser algo de lo que se ocuparan los Sangheilis —apuntó GuJo'n.

—Sí —convino Mken—. En ese caso hagamos venir a la comisión aquí... y veo que acaban de llegar. Dilucidaremos esto con ellos.

Para cuando la comisión llegó, la nave clave había girado en el espacio, la enorme e imponente estructura del Dreadnought rotando lentamente sobre sí misma mientras recorría su órbita. Y en aquellos instantes, mientras los Sangheilis entraban de uno en uno, Mken pudo ver el almacén de una construcción nueva a través de la pared de observación. Destinada a convertirse en una especie de caparazón alrededor del antiguo Dreadnought, la capital móvil apodada Suma Caridad estaba siendo fabricada por obreros robotizados y del Covenant, todos trabajando duramente sobre la base rocosa, arrancada hacía mucho tiempo del planeta natal de los San'Shyuums, Janjur Qom. Un campo de fuerza retenía la atmósfera que necesitaban los obreros y mantenía a raya el vacío y los desechos del espacio. Ya era un hábitat. Algún día sería mucho más.

Con el tiempo, la misma Suma Caridad se convertiría en

una nave interestelar, así como en el nuevo centro de mando ambulante del poder San'Shyuum. Hasta el momento, Suma Caridad no era más que un esbozo viviente de su potencial, su forma semiglobular capturando la luz de las estrellas a medida que la ciudad se engrandecía poco a poco. Muy pronto, el antiguo Dreadnought completaría su desmantelamiento como arma y cumpliría con los términos del Mandamiento de Unión. Y entonces lo instalarían en un altar ungido en Suma Caridad, permanentemente sujeto allí. En el pasado había sido el arma más temida de la galaxia conocida...; ahora era un símbolo de desarme, al menos entre los miembros del Covenant.

Y sin embargo, el Covenant todavía tenía dientes.

Mken inspeccionó la comisión visitante. La constituían dos Sangheilis, los comandantes Viyo 'Griot y Loro 'Onkiyo. Detrás de ellos iban dos Guardias de Honor; los San'Shyuums se referían a los Sangheilis como «Élites», en parte para dar satisfacción al apetito de éstos por los tratamientos honoríficos, pero también para expresar de forma adecuada la pericia incomparable en el combate de aquellos seres. Por su parte, los Élite, por lo general se referían a los San'Shyuums como «Profetas», si bien sólo unos pocos ocupaban en realidad tal puesto oficial.

La Guardia de Honor permaneció al fondo, con las cabezas inclinadas respetuosamente. La comisión también permaneció en pie... aunque sólo porque no se les ofrecieron asientos, ya que eso implicaría igualdad con los San'Shyuums. Permanecerían de pie durante horas, como simples peticionarios. Mken apenas si podía distinguirlos entre sí: ambos tenían la misma clase de mandíbulas formadas por fauces divididas en cuatro partes que hacían chasquear unas con otras como si fueran bocas de artrópodos, las múltiples hileras de dientes afilados, la piel gris de un saurio y ojos de serpiente. Los macizos brazos y muslos estaban formados de músculo combativo, y los dos que tenían delante lucían relucientes corazas y yelmos de plata que aumentaban aún más su mole; pero por lo que Mken sabía, eran lo que se consideraba como arquetipos del cuerpo diplomático entre los de su especie. Advirtió que Viyo, a su derecha, era un poco más alto, y su yelmo, con tres aletas, como un recordatorio de las mandíbulas Sangheili, estaba constituido por paneles azules que alternaban con la plata.

Viyo flexionó las manos de cuatro dedos con aspecto de garras como si buscara un arma que no estaba allí, paseando la mirada con inquietud. Mken no estaba muy seguro de que los Sangheilis hubieran empleado jamás diplomáticos auténticos hasta la formalización del Mandamiento de Unión, y estos dos parecían claramente incómodos en los papeles que les habían asignado.

Una vez concluidas las formalidades, Mken preguntó:

—Comisionado Viyo... ¿cómo van los despliegues? ¿Están en camino sus tropas?

El San'Shyuum esperó que el traductor de su silla estuviera actualizado. Con el paso del tiempo habían conseguido una comprensión más amplia de la lengua Sangheili, fundamentalmente a través del interrogatorio de prisioneros, y la cooperación de éstos había sido obtenida a base de una tortura más bien despiadada, lo que tal vez no fuera el mejor modo de aprender una lengua nueva.

—Las tropas están en camino, gran Profeta —respondió Viyo—. Las naves están doblemente atestadas de soldados de muchas especialidades. Pronto estarán desplegados por delante de todas las expediciones San'Shyuums; todos los descubrimientos de artefactos Forerunner serán ferozmente protegidos a partir de este momento.

—Tal y como debe ser —asintió Mken.

—Escuchadme bien —intervino Qurlom—. Habláis con mucha desenvoltura de artefactos Forerunners, pero esas tropas vuestras... ¿están realmente comprometidas a protegerlos? Debemos saberlo: ¿están totalmente consagradas al Gran Viaje?

—¡Pues claro que lo están, ministro! —afirmó Loro 'On-kiyo, con un énfasis que podría corresponder al genuino entusiasmo de un converso reciente.

—El Gran Viaje no es simplemente una cuestión de estar preparado militarmente —aseveró Qurlom con solemnidad—, aunque eso es importante. Pero realmente, aquellos que buscan la luz de los siete Anillos deben estar purificados por dentro, totalmente convencidos de la veracidad de los Profetas hasta el último vestigio de su ser, y dispuestos a morir por la causa sin una vacilación.

—Así es, ministro. Todos estamos preparados para morir

por el Gran Viaje. Los Sangheilis siempre hemos venerado a los Forerunners..., y ahora sabemos por fin cómo oír con claridad la auténtica palabra de los Forerunners y obedecerla. ¡Estamos purificados a la luz de los Anillos!

Mken se preguntó, como hacía cada día, si él mismo estaba purificado por dentro; si él mismo estaba totalmente convencido. Era el Profeta de la Convicción Interior, debido a la pureza intrínseca que había predicado en su día..., y oía ahora la repetición de sus propios sermones. Pero cada vez con más frecuencia, a medida que estudiaba lo que podía extraerse de máquinas y archivos Forerunners, se preguntaba si el propósito auténtico de los Halos era en verdad una propulsión en masa al interior de un plano superior; un Gran Viaje al paraíso predicho por los Profetas. Era cierto que los Anillos parecían estar asociados a un proceso de purificación..., pero ¿qué exactamente habían purificado, y cómo?

Pero interrumpió en seco tales pensamientos heréticos. «Blasfemia. Así que Profeta de la Convicción Interior, ¿no?... Vaya ironía. ¡Encuentra tu propia Convicción Interior!»

GuJo'n entretanto expresó su satisfacción con los datos sobre movimientos de tropas, usando un ademán que los Sangheilis probablemente eran incapaces de interpretar, y añadió:

—Muy bien..., pero ¿qué hay de esa historia sobre sedición que nos ha llegado? Hablo de ése que se llama Ussa 'Xellus. Él y sus seguidores han sido mencionados en informes de vuestros propios espías.

—¿Ussa 'Xellus? ¡A ese peludo gorgojo rastrero no se lo puede llamar un auténtico Sangheili! —replicó Viyo 'Griot.

—Sin embargo, es un estratega militar sumamente eficaz —observó Mken—. Alguien a quien no se debería subestimar. Yo mismo lo he visto, hace mucho, en el planeta Azul y Rojo.

—En una ocasión sirvió a Sanghelios, es cierto —admitió Viyo—. Pero ya no. Rechaza el Mandamiento de Unión... ¡Afirma que es ignominioso unir nuestras fuerzas a las de las vuestras! Incluso negociar la paz con los San'Shyuums equivale a rendirse. Cuando se conoció su sedición, intentamos disuadirlo a él y a su gente, ya que en el pasado fue un guerrero como nosotros. Pero rehusó atender a razones y declaró la guerra a Sanghelios. Nuestros propios alcázares respondieron

con... medios menos sutiles, sometiendo todas las propiedades de 'Xellus a un bombardeo implacable. Nuestra intención era cortar de raíz la traición en su mismo punto de origen, pero al parecer muchos de los suyos sobrevivieron. Sospechamos que ahora se oculta como un cobarde en algún lugar de las tierras yermas cerca del polo sur de Sanghelios. Una región poco conocida que recibe el nombre de Nwari. No hemos recibido noticias de nuestros espías desde hace algunos días; puede que su misión se haya visto comprometida. Pero tenemos a nuestros asesinos buscando a Ussa 'Xellus. Cuando lo encuentren, ténganlo por seguro, elegirán su momento... y lo matarán. Sus palabras han sido como una droga que ha hecho enloquecer a sus seguidores. Parece probable que, una vez que él desaparezca, su culto también lo haga.

—¿De verdad desaparecerá? —se preguntó Mken en voz alta—. ¿Es que no habéis oído hablar nunca del martirio?

UNA COLONIA MINERA SANGHEILI EN EL PLANETA CREEK LA ERA DE LA RECONCILIACIÓN

La misión era un fracaso.

Ussa 'Xellus y su compañera, Sooln, habían viajado a la colonia de Creek para reclutar nuevos seguidores para la resistencia. Creek, cuyo nombre provenía de 'Crecka, el Sangheili que lo había descubierto hacía una generación, estaba en el sistema Baelion: el setenta y seis de los mundos designados explorados por los Sangheilis. En la actualidad era una colonia minera Covenant, dirigida, en gran medida subterráneamente, por Sangheilis. Unas cuantas cúpulas traslúcidas de la colonia, cubiertas de marcas dejadas por los meteoritos, se alzaban por encima de la accidentada superficie repleta de metano del planeta. Eran las puntas del iceberg de la colonia. Al otro lado de las montañas que ofrecían abrigo a las cúpulas había un enorme mar de cianuro de hidrógeno medio congelado; se decía que existían formas de vida simples, parecidas a enormes gusanos nadadores, que asomaban de vez en cuando a la superficie de aquel tóxico océano opaco.

Pero los Sangheilis estaban aquí por los minerales y los

metales; los minerales para propulsar sus naves y los metales para revestir los cascos de aquellas mismas naves. Ahondaron profundamente en Creck, descendiendo tras colosales vetas cristalinas, con otros pozos discurriendo hacia el magma que utilizaban para proporcionar la energía base de su colonia.

Ussa 'Xellus y Sooln iban en un ascensor que ascendía por un pozo de una de aquellas infernales plantas de energía. Habían pasado algún tiempo allí, viajando bajo la apariencia de ingenieros que fingían comprobar que el calor no afectaba a las paredes, y hablando con toda la discreción posible con los que se afanaban en los generadores. Un desertor procedente de Creck había contado a Ussa que existía descontento en el lugar. ¿Quién no se sentiría maltratado trabajando en la planta de energía geológica? La temperatura del complejo no podía controlarse de un modo eficiente... y el calor era insoportable.

Pero su contacto principal, Muskem, había perecido el día anterior a la llegada de Ussa. Muskem había caído inexplicablemente al interior de un borboteante pozo de magma, donde quedó incinerado al instante. Ussa tuvo una fuerte intuición, tras hablar con un supervisor, de que alguien había preparado el desgraciado accidente.

Ussa había estado a punto de no ir a Creck. Parecía estúpidamente arriesgado. Pero había alguien más que se había puesto en contacto con Ussa. Un Sangheili que se llamaba a sí mismo 'Quillick, que era una antigua palabra, procedente de Sanghelios, que significaba «cazador pequeño», un animal menudo conocido por cazar mamíferos para granjeros. Estaba claro que era el nombre en clave de este Sangheili. La comunicación de 'Quillick iba incorporada a la de Muskem: «Hay un lugar donde puede hallarse mucho que te ayude. Es un mundo que nadie conoce. Pero yo sí... Combatí junto a tu tío en Tarjak, bajo los árboles de piedra...».

¿Qué podía significar? ¿Era la fantasía de un excéntrico? Pero el comentario sobre Tarjak y los árboles de piedra hacía referencia a un relato que su tío le había contado; uno que su tío era reacio a contar. No era muy probable que agentes del Covenant estuvieran al tanto de lo de Tarjak y los árboles de piedra..., la galería construida con petrificaciones, un bosque extinguido hacía mucho tiempo. Allí, una batalla insignifican-

te pero salvaje, de clan contra clan, se había librado durante varios cruentos ciclos.

La nota prometía «un lugar donde puede hallarse mucho que te ayude. Es un mundo que nadie conoce». A Ussa lo había intrigado lo suficiente para hacerle correr el riesgo de visitar la colonia que había en Creck.

No tenía muchas esperanzas de encontrar a ese tal 'Quillick ahora, y era difícil saber con quién más contactar aquí. Ningún Sangheili en su sano juicio hablaría abiertamente sobre unirse a la resistencia contra el Covenant; y pocos lo harían aunque fuera en secreto. «El Mandamiento de Unión está escrito», era la frase que Ussa había oído tantas veces que quería chillar cuando se la repetían. «No puede describirse.»

Ahora fue Ussa quien repitió el trillado argumento a su compañera, pero su voz estaba llena de amargura.

—El Mandamiento de Unión está escrito... no puede describirse. Lo han dicho una y otra vez. Alguien ha estado hablando con estos Sangheilis.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Al oírlos a todos repitiendo la misma declaración... Les han dicho que lo hagan. Y todos los Sangheilis con los que hablé parecían desdichados. Sabían que estaban siendo unos cobardes despreciables.

Sooln dio unos golpecitos con el dedo a una de sus mandíbulas, pensativa.

—¿Qué otra cosa pueden hacer? No es como si quedara algún enemigo claro de Sanghelios al que combatir. De ser ése el caso, estarían allí en lo más reñido de la batalla. Pero esto es el Consejo de las Ciudades Estado... es el mismísimo Sanghelios, amenazándolos. Sin embargo saben que no deberíamos estar rindiéndonos a los San'Shyuums.

—Y Muskem era nuestro contacto para encontrar a 'Quillick. Nuestra visita podría ser una gigantesca pérdida de tiempo.

El ascensor siguió zumbando unos instantes, enfriándose casi segundo a segundo a medida que abandonaba la zona volcánica activa. Ussa miró entonces con cariño a Sooln: fuerte, quizá un poco altiva y descarada para ser una hembra Sangheili, pero también delicada y menuda... o eso le parecía a Ussa. La mente de su compañera trabajaba más deprisa y era más

analítica que la suya, lo sabía; ella poseía un talento para la ciencia del que él carecía.

—Sooln..., a lo mejor hablas así sobre el Mandamiento de Unión para complacerme. A lo mejor desearías, por el bien de nuestras vidas juntos, que aceptase al Covenant...

Ella cerró con fuerza las mandíbulas, divertida.

—Creo lo mismo que tú. No confío en los San'Shyuums. Su visión del Gran Viaje es una fantasía.

—Me temo que no debería haberte traído. ¿Crees que alguien nos ha detectado? La muerte de nuestro contacto me inquieta...

—No he observado la presencia de drones siguiéndonos; no he visto espías acechando por ahí vigilándonos. Había aquel Sangheili anciano, ayer; pero no nos habló en ningún momento...

—¿Qué Sangheili anciano?

—¿No advertiste su presencia? Nos siguió desde las minas, de vuelta hacia el puerto espacial. Pero caminaba muy lento, parecía agotado, estaba lleno de cicatrices. No pudo mantener nuestro paso. Pensé que tal vez quería unirse a nosotros, pero cuando miré atrás otra vez ya no estaba. Parecía demasiado débil para ser un agente del Covenant.

Ussa gruñó quedamente para sí.

—Pronto lo sabremos, de un modo u otro. Porque...

Pero entonces se calló, pues habían alcanzado el nivel residencial de la colonia. Las puertas del ascensor se abrieron y los dos salieron a la calle en sombras, entre los edificios rechonchos y funcionales, y caminaron juntos en dirección al puerto espacial, donde aguardaba su nave. Ussa tuvo buen cuidado de no apresurar el paso cuando pasaron por delante de dos guardias de ojos penetrantes que patrullaban la zona, aunque nada le habría gustado más que acelerarlo. Se preguntó si Ernicka *el Desfigurador* estaría manteniendo el orden en las cavernas allá en Sanghelios. Quizá ya habían sido localizados y dispersados. Pero sin duda habría recibido un comunicado si hubiera habido un ataque...

También se preguntó si Sooln y él seguían estado a salvo en este lugar. Había traído a su compañera porque ésta tenía acceso a documentación de ingeniería... y consiguió crear una

identidad falsa para ambos; también conocía la terminología correcta para visitar las minas y centrales eléctricas. Pero si hubieran descubierto su disfraz, podría muy bien haberla conducido a un final trágico en este lugar.

Con todo, cruzaron la plaza sin incidentes. Los dos se abrieron paso entre una multitud de Sangheilis de aspecto taciturno, mineros cubiertos de polvo que salían de sus turnos de trabajo, y luego se escabulleron entre dos edificios de procesamiento yendo a parar al puerto.

Pasaron sin problemas ante los guardias de la verja, donde un Sangheili joven apenas si alzó los ojos de su pantalla de comunicación para mirarlos, y se dirigieron a su nave espacial.

El *Clan's Blade*, un navío azul y rojo con forma de dardo y del tamaño justo para un puñado de viajeros, estaba abastecido de combustible y preparado para partir. Ussa 'Xellus lo confirmó remotamente, mediante el interfaz de su muñeca. Pero al aproximarse a la escotilla, advirtió que alguien salía de entre las sombras.

Era un Sangheili anciano con un uniforme muy desgastado de subcomandante. A sus mandíbulas les faltaban la mayor parte de los dientes, y hacía mucho tiempo que le habían desaparecido un ojo.

—¡Éste es el que nos seguía ayer! —exclamó Sooln.

Ussa fue a echar mano de su pistola, y entonces vio que el viejo guerrero alzaba los brazos en el aire. Le faltaba la mano izquierda.

—No me dispaes, hermano, hasta que hayas hablado conmigo al menos —dijo con voz ronca—. No llevo armas.

«Éste hace que Ernicka parezca joven», pensó Ussa.

—¿Quién eres, viejo guerrero?

—Soy 'Crecka —respondió el Sangheili con sencillez.

—Tonterías —gruñó Ussa.

—Lo soy. También puede que me conozcas por otro nombre: «'Quillick».

—¿Tú eres 'Quillick?

—Sí... y tengo que hablarte a solas. Dentro.

—¿Y cómo sabemos que no eres más que un viejo asesino astuto?

—Ya estarías arrestado si ellos conocieran tu identidad...

no serías el objetivo de un asesino. Eres demasiado importante para que se limiten a asesinarte, Ussa 'Xellus. Por favor, puedes registrarme en busca de armas y luego permíteme entrar en tu nave, si así lo eliges, y te contaré por qué estoy aquí.

Ussa lanzó un gruñido. Pero registró al anciano en busca de armas ocultas y no halló nada. Y, además, había algo en el Sangheili que lo hacía inexplicablemente digno de confianza.

—Entra, si debes hacerlo. Pero vamos a abandonar el planeta dentro de nada. No tardaremos mucho en conseguir la autorización para partir. Sólo te concederé unos instantes.

Los tres no tardaron en instalarse en el diminuto puente del vehículo; Ussa en el asiento del piloto y Sooln comprobando los sistemas a su lado. Pero Ussa tenía el asiento vuelto en dirección al anciano guerrero, que permanecía de pie en la cubierta tras el panel de control, con los brazos mutilados cruzados sobre el pecho.

—Date prisa —le dijo Ussa, y su mano no se apartó demasiado de la pistola mientras lo decía.

—Soy quien dije que era. Te he estado vigilando; Muskem y yo te esperábamos. Pero no estaba seguro de si estabas siendo vigilado. Me sentía reacio a hablar.

—Habla ahora. Estamos solos.

El viejo guerrero se frotó pensativamente la cuenca desfigurada del ojo.

—Hace muchos ciclos, fui el último superviviente de una nave derribada por fuerzas enemigas; jamás supimos de qué raza eran. No hablaban una lengua civilizada. Todo esto sucedió en el extremo opuesto a éste de la galaxia, en el sistema de los Gigantes Miasmáticos. Conseguí escapar pilotando la nave a través del slinspace hasta otro sistema..., uno elegido casi al azar. Era el más lejano al que podía llegar. Allí vi algo de lo más singular...: un mundo hecho de una aleación totalmente desconocida.

—Te refieres a alguna clase de estación espacial.

—No. Un planeta pequeño. Pero recubierto totalmente de metal. Jamás había visto algo así. Un artefacto tan enorme... Era increíble.

—También a mí me resulta difícil de creer.

—Sin duda —asintió 'Crecka—. Yo tuve que verlo por mí

mismo. Aterricé en el casco exterior, en un lugar que parecía que podría tener una entrada... y encontré un portal. Descendí al interior del revestimiento de metal..., y en una cubierta inferior una máquina vino flotando para darme la bienvenida. ¡Era una máquina dotada de inteligencia, construida por los antiguos! Aquella cosa ya había revisado el ordenador de mi nave con alguna clase de dispositivo de escaneo. Creo que ésa era la razón de que pudiera hablar nuestra lengua. Me contó unas cuantas cosas, pero se negó a revelar su origen. Tenía un nombre: se llamaba a sí misma Enduring Bias. La habían dejado allí para supervisar el planeta..., el «mundo escudo», que es como llamaba ella a ese lugar..., hasta que regresaran sus creadores. Me ordenó que le proporcionara información sobre los Sangheilis y que me pusiera a su disposición para que me estudiara. Pero escapé. La máquina estaba... un poco confusa; muchos de sus sistemas ya no funcionaban y no resultó tan difícil huir. Me las arreglé para entrar en el slipspace... y acabé aquí arriba, cerca de lo que ahora llaman Creck. Un escaneo me indicó que aquí había minerales valiosos. Informé sobre este mundo, pero no sobre el otro. El otro estaba lleno de reliquias, de cosas de los antiguos. Los Forerunners. Temía que Enduring Bias matara a cualquiera que yo enviara. Pues con eso me había amenazado, en el caso de que yo me fuera...

—¿Y mantuviste en secreto ese lugar hasta ahora... con todas esas reliquias allí?

—Lo hice. Yo era un guerrero, no un científico. Combatí y recibí mutilaciones en dieciséis de las grandes Batallas de los Clanes en Sanghelios. ¡El ojo lo perdí peleando junto a tu tío bajo los árboles de piedra!

Ussa asintió.

—Mencionó a alguien llamado ‘Quillick... porque era capaz de rastrear al enemigo para ellos, del mismo modo que un ‘Quillick se escabullía en silencio entre las sombras.

—¡Era yo! Pero no es mi amistad con tu tío lo que me trae aquí. Conozco tu causa. ¡También es mi causa! Este mundo puede ser un refugio y un recurso para tu gente... para nuestra gente. Lejos del Covenant.

Ussa lo meditó. Si podía confiarse en el anciano guerrero

—que había luchado junto al propio tío de Ussa—, entonces éste podría estar ofreciendo un acceso a algo que realmente podría conferir fuerza a la rebelión contra el Covenant. De nuevo se preguntó si esto podría ser alguna clase de truco o trampa..., pero, en ese caso, ¿qué necesidad había de llegar a estos extremos? El viejo Crecka tenía razón: podían haberse limitado a arrestarlo. Y pocos conocían la historia de ‘Quillick y los árboles de piedra.

Los corazones de Ussa retumbaron con entusiasmo a medida que las posibilidades centelleaban en su imaginación. Pero todo ello podía ser una trampa... sin que Crecka lo supiera. Si acaso el Covenant conocía la existencia del planetoiide.

—Haz memoria: tienes que haberle hablado a alguien de ese planeta de metal. A alguien... en alguna parte.

—¡No! Temía que me ejecutaran si hablaba de lo que había visto. Lo que aprendí en el mundo escudo... ¡Ah!, podrían muy bien haberme ejecutado por haber entrado en el planetoiide y establecido comunicación con la máquina, lo que era una herejía en aquellos tiempos. Ése no es un modo honorable de morir. Pero entonces..., cuando estuvisteis en las minas ayer, yo estaba conversando con mi hijo allí. Es ingeniero. Y te oí hablar por casualidad clamando contra el Covenant. He oído algunas cosas sobre Ussa ‘Xellus y su compañera. Vosotros encajáis con la descripción. Así que vine aquí a ayudar..., porque deseo regresar a ese mundo..., y creo que os ofreceré un refugio a ti y a todos los que te siguen. Tú y yo... pensamos igual. Jamás tendríamos que habernos rendido a los San’Shyuums.

El anciano hizo una pausa para toser sobre una mano destrozada, y Ussa volvió a reflexionar en silencio. ¿Podría ser que Crecka estuviera simplemente senil, que la guerra le hubiera afectado la mente, que imaginara cosas? Pero el anciano Sangheili tenía un modo de ser que sonaba genuino, como el tañido del metal bien templado de una espada forjada en Qikost. Y realmente había combatido junto a su tío. Ussa no podía evitar creer la historia, fantástica como era.

Entonces Sooln tomó la palabra.

—Un lugar como ése, un mundo que es una enorme reliquia Forerunner... no debería caer en las manos del Covenant. Al menos deberíamos comprobar si es real, Ussa. ¿Qué

podemos perder? Él tiene razón..., ¿podría ser nuestra oportunidad! ¡Piensa en el potencial de un lugar así!

—¿Crees que es real, entonces?

—Tenemos que verlo por nosotros mismos. Tenemos que arriesgarnos. Nuestra causa tiene tan pocas perspectivas...

Ussa paseó de un lado a otro de la cubierta, y por fin dijo:

—Resultaría difícil imaginar a los espías de Sanghelios inventando una historia así... —Se volvió hacia 'Crecka—. ¿Puedes mostrarnos ese mundo cubierto de metal... inmediatamente?

—Tengo los datos para hallar el camino. Estoy preparado para llevaros allí. Probablemente será mi último viaje a cualquier parte. Me estoy muriendo, ¿sabes? Pero... quiero ver esas maravillas otra vez... por última vez... y quiero ayudarlos. Vosotros tenéis razón: el Covenant está equivocado. Es así de fácil.

Sus identidades falsas no habían sido descubiertas y se les permitió abandonar el puerto espacial. En cuestión de minutos estaban ya en órbita, penetrando con toda la potencia de sus motores en la abertura de slipspace, que era como una herida resplandeciente en el espacio-tiempo.

Cruzaron, y penetraron en el slipspace, donde el tiempo es difícil de calcular. Hubo oportunidad de descansar, comer y escuchar relatos de 'Crecka sobre las Batallas de los Clanes de Sanghelios. Gradualmente, Ussa empezó a confiar cada vez más en el anciano.

Sin embargo... podría haberse metido en una empresa descabellada. No había conseguido reclutar más conversos, a menos que al viejo 'Quillick se le pudiera contar como tal.

Puede que este viaje fuera simplemente una cuchillada desesperada en la oscuridad del espacio.